

LAS VELADAS DE UN ERMITAÑO

J. E. PESTALOZZI

LAS VELADAS DE UN ERMITAÑO

¿Qué es el hombre en su ser, en lo que tiene de igual, ya esté sentado en un trono, ya se guarezca bajo las hojas de los árboles? ¿Por qué no nos lo dicen los sabios? ¿Por qué los espíritus esforzados no comprenden qué es su especie? ¿No conoce el campesino los bueyes que utiliza? ¿No se informa el pastor de la naturaleza de sus ovejas?

Y vosotros los que utilizáis y decís al hombre que le guardáis y conducís, ¿os tomáis el trabajo del campesino por sus bueyes? ¿Tenéis asimismo las preocupaciones que tiene el pastor por sus ovejas? Vuestra sabiduría, ¿es el conocimiento de vuestra especie, y vuestra bondad la bondad del pastor ilustrado del pueblo?

Conocer lo que el hombre es, lo que necesita, lo que le eleva y le deprime, lo que le fortifica y le debilita, es una necesidad, tanto para los pastores de los pueblos como para el habitante de la más humilde cabaña.

En todas partes siente el género humano esta necesidad. En todas partes trata de elevarse con esfuerzos, trabajos y afanes. Por

ello se marchitan, descontentas, sus generaciones, y el día último de sus varios períodos exclama la humanidad que no ha alcanzado el término de su carrera. No es su terminación como el sazónamiento de los frutos en su tiempo, que, después de cumplida su misión, caen en el reposo del invierno.

¿Por qué investiga el hombre la verdad sin orden y sin fin último? ¿Por qué no investiga las necesidades de su naturaleza para construir sobre ellas el goce y la ventura de su vida? ¿Por qué no busca la verdad, que es el sosiego y el placer de la vida, la verdad, que le satisface en lo más íntimo, que desarrolla sus fuerzas, distrae sus días y hace felices sus años?

El hombre, impulsado por sus necesidades, encuentra el camino de esta verdad en lo más íntimo de su naturaleza.

El niño pequeño, satisfecho, aprende en este camino lo que para él es su madre, quien crea en él el amor—la esencia de la gratitud—antes de que pueda oír la voz del deber y del agradecimiento. En este mismo camino de la Naturaleza—en los deberes filiales—encuentra la ventura de su existencia el hijo que come el pan de su padre y se cobija en su hogar.

Hombre, si investigaras la verdad siguiendo

este orden de la naturaleza, encontrarías cómo habías de servirte de ella para tus miras y para tu carrera.

Así como la verdad es para ti, hombre, la necesidad de tu sosiego y de tu paz; así como es para ti la más segura estrella que te guía en tus quehaceres más inmediatos; así como es el sostén en que descansa tu vida, del mismo modo es tu felicidad.

No puedes emplear en este camino cualquiera verdad.

El círculo del saber—por el que es agraciado el hombre en su estado—es reducido, y comienza cerca, á su alrededor, alrededor de su sér, alrededor de sus más próximas relaciones; desde allí se extiende y tiene que regirse en cada expansión por este punto central, fecundador de la verdad.

El puro sentido de la verdad se forma en círculos reducidos, y la pura sabiduría humana descansa en el firme fundamento del conocimiento de sus relaciones más próximas y en la educada capacidad para proceder en sus asuntos más inmediatos.

Esta sabiduría humana, que se revela por las necesidades de nuestra condición, fortifica y forma nuestra capacidad de acción, y la dirección espiritual que provoca es simple y mira firmemente á las cosas; está formada

por la fuerza total de las disposiciones naturales de los objetos, firmemente establecidas en sus uniones efectivas, y por esto es fácil de conducir á todas las direcciones de la verdad.

Su expresión son la fuerza y el sentimiento, y la aplicación precisa.

Camino excelso de la Naturaleza, la verdad, á la cual conduces, es la fuerza y el hecho, la causa, la formación, la realización y la disposición del sér completo de la humanidad.

No educas al hombre con un desarrollo rápido y brillante, y tu hijo ¡oh Naturaleza! es limitado; su discurso es expresión y efecto del conocimiento realizado sobre las cosas.

Pero cuando los hombres aceleran la marcha de tu orden, perturban en sí mismos su fuerza íntima y descomponen el equilibrio y el reposo de su sér en lo más íntimo.

Hacen esto, cuando antes de haber educado dócilmente su espíritu en la verdad y en la sabiduría por el conocimiento preciso de los objetos reales, se aventuran en el caos infinito de las palabras vanas y de las opiniones, y ponen, como fundamento de su carácter y como primera educación de sus fuerzas, sonidos, discursos y palabras, en vez de las verdades de los objetos científicos.

Este camino artificial de la escuela, que coloca la serie de las palabras antes de la

naturaleza libre, lenta, cuidadosa, educa al hombre en el brillo falso, que disimula la carencia de fuerza natural interior y satisface á tiempos como nuestro siglo.

Orientación de la vida, destino del hombre, eres el libro de la Naturaleza. En ti está contenida la fuerza y el orden de esta sabia conductora; la educación escolar que no se construya con este fundamento, va descaminada.

Hombre, padre de tus hijos, no llesves las fuerzas de su espíritu por lejanos derroteros antes de que hayan adquirido fuerzas mediante un ejercicio apropiado, y guárdate de los malos tratos y de los esfuerzos excesivos.

La fuerza de la Naturaleza — aunque conduce irresistiblemente á la verdad — no es inflexible en su dirección; suena en la umbría el canto del ruiseñor, y todos los objetos de la Naturaleza se mueven con una libertad placentera; por ninguna parte se ve la menor sombra de un orden importuno.

Si el orden en el modo de enseñar de la Naturaleza fuera coercitivo é inflexible, crearía la unilateralidad, y su verdad no caería dulce y libremente en la plenitud del sér de la humanidad.

El afán opuesto, agotador, por la mera sombra de la verdad; el afán por el sonido, acen-

to y palabras de verdad, donde no se excita ningún interés y su empleo es posible; la dirección de toda la fuerza del hombre adulto por la opinión del maestro de escuela terco y parcial, y las múltiples afectaciones del tráfico de palabras y del procedimiento de enseñanza á la moda, que se ponen como fundamento de la educación humana, todo ello constituye un alejamiento penoso del camino de la Naturaleza.

Su marcha violenta no forma en el hombre la verdad como una servidora dulce de la humanidad, como una buena madre afectuosa, cuya alegría y sabiduría es el contento y la necesidad de sus hijos.

El hombre pierde el equilibrio de sus energías, la fuerza de la sabiduría, cuando su espíritu se dirige unilateral y violentamente á un objeto. De aquí que el método de enseñanza de la Naturaleza no sea violento.

Sin embargo, hay firmeza en su educación y exactitud económica en su orden.

Tampoco es el camino de la Naturaleza el caos disperso de la erudición.

El hombre que mariposea con vuelo aturrido alrededor del saber y no fortifica sus conocimientos con un ejercicio reposado y firme, pierde asimismo el camino de la Naturaleza, la visión firme, clara y atenta, la alegría

verdadera, apacible, serena, susceptible del sentimiento de la verdad.

Vacilante es la marcha de los hombres; encuentran, en efecto, mucha palabrería en el caos de su erudición, y, sin embargo, sacrifican por ella el sentido reposado de la pura sabiduría humana. Con el estrépito de su orgullo encontrarás á su alrededor, en las relaciones en que brilla clara la luz bendita del saber, desiertos y tinieblas.

Educación de los hombres en la verdad, eres la formación de su sér y de su naturaleza para la sabiduría apaciguadora.

¿Dónde estás, fuerza de la Naturaleza, educación pura de la humanidad?

También apartan de tu camino los desiertos indolentes de la ignorancia sombría. La falta del conocimiento de tu naturaleza, hombre, limita tu saber de un modo más restringido que las necesidades de tu sér. Cómo obscurece el universo la sombra densa que proyectan la alteración de los primeros conceptos fundamentales de tus relaciones; el poder asfixiante, aniquilador de la tiranía; la retención de todos los goces de la verdad y de la dicha, y la carencia, contraria á la Naturaleza, de una ilustración nacional de las primeras necesidades y de las relaciones esenciales de la humanidad.

Por esta causa, la fuerza ilustrada de la humanidad — fuente de sus hechos enérgicos y de sus goces serenos — no es ningún impulso quimérico ni ningún error engañoso.

Beatitud de nuestro sér en lo más íntimo, fuerza pura de nuestra naturaleza, tú eres la ventura de nuestra existencia, no ningún sueño. Buscarte é investigar es el fin y el destino de la humanidad y el impulso de mi alma, y también mi necesidad.

¿Por qué camino, por qué vía te encontraré, verdad, que eres mi salud y me elevas al perfeccionamiento de mi naturaleza?

En lo íntimo de mi naturaleza está la explicación de esta verdad.

Toda la humanidad es substancialmente igual, y no tiene más que un camino para alcanzar su fin.

Por esto, la verdad — que es puramente creada por lo más íntimo de nuestro sér — será la verdad humana general y llegará á ser la verdad conciliadora de los combatientes que á millares discuten en su superficie.

Todas las fuerzas fecundas de la humanidad no son dones del arte ni del azar. Están con sus fundamentos en lo íntimo de la naturaleza de todos los hombres. Desarrollarlas, es una necesidad general de la humanidad.

• Por ello, el camino de la naturaleza que esta cultura descubre, ha de ser abierto y fácil, y la educación humana en la verdadera y sedante sabiduría, simple y aplicable á todo.

La Naturaleza descubre, mediante el ejercicio, todas las fuerzas de la humanidad; su desarrollo se funda en el uso.

El orden de la Naturaleza en la educación de la humanidad se halla en la capacidad de aplicación y ejercicio de sus conocimientos, de sus dones y de sus disposiciones.

Así, pues, el hombre que posee la sencillez y la inocencia es educado por la Naturaleza en la verdadera sabiduría humana al ejercitar y al servirse de sus conocimientos con un empleo puro y dócil, y de sus fuerzas y disposiciones con una dulce actividad; por el contrario, el hombre que altera este orden de la Naturaleza en su alma y debilita el sentido puro de la docilidad de sus conocimientos se incapacita para el goce venturoso de la verdad.

La práctica de actos contra el sentimiento interior de lo justo socava la fuerza de nuestro conocimiento de la verdad y perturba el claro sentido de la sencillez pura y elevada de nuestros conceptos y sentimientos fundamentales.

Por tanto, la sabiduría humana descansa

en la fuerza de un corazón bueno, obediente á la verdad, y toda la dicha humana en este sentido de la sencillez é inocencia.

Educación de la humanidad en este sentido puro de la sencillez y de la inocencia, eres la solicitud paternal que protege los fundamentos no corrompidos del corazón, y dirige rectamente la marcha de su desarrollo espiritual.

La elevación (*emporbildung*-su) de estas fuerzas de la naturaleza humana á la pura sabiduría de la humanidad, es el fin general de la educación de los hombres, aun de los más humildes. El ejercicio, la aplicación y el uso de su fuerza y de su sabiduría en las situaciones y circunstancias particulares de la humanidad, constituyen la educación profesional y especial, que ha de estar subordinada al fin general de la educación humana.

En la sencillez y en la inocencia se fundamenta la sabiduría y la fuerza de la parte fertilizadora de la humanidad, así como son para ella una necesidad indispensable en cada altura alcanzada.

Quien no es hombre en sus fuerzas interiores—hombre educado—, carece de los fundamentos para la formación de su destino más próximo y de sus condiciones particulares, á los que no puede descubrir ninguna elevación

exterior. Hay grandes abismos entre el padre y el príncipe, entre el pobre abrumado por las preocupaciones de su subsistencia y el rico que se lamenta de otros cuidados más difíciles aún; entre la mujer ignorante y el erudito mal afamado; entre el perezoso indolente y el genio cuya fuerza de águila influye en todo el mundo. Pero cuando falte á alguien en su altura la pura humanidad, le envolverán nubes sombrías, mientras que en las bajas cabañas de la humanidad educada brilla la pura, elevada y satisfecha magnitud humana.

Un príncipe, desde su altura, ansía leyes sabias y justas para sus presos; pero arrojará en vano, como precio de ello, su bolsa repleta de oro. Si introduce alguna humanidad en el consejo de guerra, en su intendencia de caza, en la administración de sus rentas, y lleva al interior de su casa un puro sentido paternal, hará sabios, austeros y paternales á los jueces y guardianes de sus prisioneros.

Sin esto, el resplandor de la ley más justa es como la promesa de amor al prójimo en boca del monje más dominante.

Así, cuán lejos te hallas, príncipe, de la venturosa verdad que buscas.

Mientras, los padres, que se arrastran en el polvo á tus piés, obran sabiamente con sus hijos mal aconsejados. Príncipe, aprende en

las lágrimas de sus insomnios y en las penas de sus vigilias la sabiduría para con tus presos, y cede tu derecho de vida y muerte á los hombres que buscan la sabiduría en este camino. Príncipe, la ventura del mundo es la humanidad educada, y sólo por ella produce efectos la ilustración, la sabiduría y la gracia interior de las leyes.

Hombre, el sentimiento interior de tu sér y de tus fuerzas — tú mismo — es el objeto inmediato de la Naturaleza educadora.

Pero no vives en la tierra únicamente para ti. La Naturaleza te educa para las relaciones exteriores y por las relaciones exteriores.

Cuanto más próximas á ti, hombre, están estas relaciones, más importantes son en la educación de tu sér para la consecución de tu destino.

La fuerza ilustrada de una relación próxima es siempre la fuente de la sabiduría y de la fuerza del hombre en relaciones más lejanas.

El sentido paternal forma al regente; el sentido fraternal, á los ciudadanos; ambos crean el orden en la casa y en el Estado.

Las relaciones domésticas de la humanidad son las primeras y más excelsas relaciones de la Naturaleza.

El hombre trabaja en su profesión y soporta las cargas de la constitución ciudadana,

para poder disfrutar con sosiego la dicha pura de su felicidad doméstica.

Por esto, la educación profesional y especial del hombre tiene que estar subordinada al fin último de los goces de una felicidad doméstica pura.

Por esto eres, hogar paterno, el fundamento de toda educación natural de la humanidad.

Casa paterna, eres la escuela de las costumbres y del Estado.

Primero eres niño, hombre; después, aprendiz de tu profesión.

La virtud filial es la ventura de tus años de aprendizaje, y la primera educación de tus disposiciones para el goce de todas las dichas de tu vida.

Quien se aparta de este orden de la Naturaleza y da preferencia de un modo antinatural á la educación especial, profesional, á la educación para el mando y para la servidumbre, conduce á la humanidad, de los goces más naturales, á un mar lleno de escollos.

Se ha de formar en el hombre el *sosiego interior*. La educación cuyo objeto es la sabiduría humana, consiste en la sobriedad respecto á su situación y á sus placeres, y en la tolerancia, en el respeto y en la creencia, en el amor al padre en los conflictos.

Sin el sosiego interior, el hombre camina

por senderos abruptos. La sed y el afán por las cosas lejanas, inasequibles, le arrebatan todo el goce de la dicha actual y toda la fuerza de su espíritu sabio, paciente y dócil. Cuando el sosiego interior no anima al sentimiento, éste debilita al hombre su fuerza en lo más íntimo, y le atormenta con penas sombrías en días en que brilla el claro saber.

El hombre, no satisfecho, se encoleriza en el círculo de su paz doméstica cuando, por ejemplo, no se notaron su baile, el día de fiesta, su violín en el concierto y su tesis en el *auditorium*.

El sosiego y el goce sereno son los fines inmediatos de la educación humana. Hombre, tu saber y tu ambición tienen que estar subordinados á estos altos fines; si no, la curiosidad y la ambición se convierten en tormentos y desgracias que te consumirán.

¿No véis, hombres, no sentís, hijos de la tierra, cómo pierden vuestras clases elevadas en su educación sus fuerzas interiores? ¿No ves, humanidad, cómo su alejamiento del orden sabio de la Naturaleza les produce desdichas entre sí, y de ellos cómo pasan al pueblo? ¿No sientes, tierra, cómo se aparta la especie humana de la pura felicidad de sus relaciones domésticas, y en todas partes se dirige presurosa al teatro tumultuoso, brillan-

te, para representar su saber y halagar su ambición?

La humanidad, extraviada, camina por lejanos derroteros.

Dios es la relación más próxima de la humanidad.

Hombre, no siempre tu casa y sus goces más refinados sosiegan tu espíritu.

Tu naturaleza dulce, buena y sencillamente educada, no tiene ninguna fuerza para sufrir sin Dios la autoridad, la tumba y la muerte.

En la creencia en Dios como padre de tu casa, como origen de tu dicha — Dios como padre tuyo —, encuentras el sosiego y la fuerza y la sabiduría con los que no te conmueven ni el poder ni la tumba.

La creencia en Dios es la concordancia del sentimiento humano con las relaciones supremas de su naturaleza; es el sentido filial de la humanidad, que confía en el sentido paternal de la divinidad.

La creencia en Dios es la fuente del sosiego de la vida; el sosiego de la vida, la fuente del orden interior; el orden interior, la fuente del justo empleo de nuestras fuerzas; el orden en la aplicación de nuestras fuerzas, la fuente de su desarrollo y de su educación para la sabiduría — y la sabiduría es la fuente de toda la felicidad humana.

La creencia en Dios es, pues, la causa de toda la sabiduría y de toda la felicidad, y el camino de la Naturaleza en la educación pura de la humanidad.

Creencia en Dios, eres la humanidad subsumida en su sér; estás invariablemente firme en lo íntimo de nuestra naturaleza como fundamento de la educación humana, del mismo modo que lo están el sentido del bien y del mal y el sentimiento indeleble de lo justo y de lo injusto.

Creencia en Dios, eres la energía y la participación del pueblo; eres la fuerza de la humanidad en todo lo profundo y elevado, en todas partes.

Creencia en Dios, no eres el efecto y el resultado de la sabiduría educadora: eres el puro sentido de la sencillez, el oído de la inocencia atento al llamamiento de la Naturaleza, cuyo padre es Dios.

El sentido filial y la obediencia no son el resultado y el efecto subsiguientes á una educación realizada; más bien han de ser fundamentos anteriores y primeros de la educación humana.

El asombro del sabio ante la profundidad de la creación y su investigación en los abismos del Creador no constituyen la educación de la humanidad en esta creencia. El investi-

gador puede extraviarse en los abismos de la creación, y puede vagar perdido en sus aguas, lejos de las fuentes del mar insondable.

Dios, padre, que existes en las cabañas de los hombres; Dios, que existes en lo más íntimo de mi sér; Dios, donador de sus presentes y de mis goces de la vida; esto constituye la educación de la humanidad en esta creencia; esto es la fuerza de la Naturaleza, que fundamenta todas las creencias en el goce y en la experiencia.

¡Conmuévete, hombre!—llamo al pueblo—; ¿no te conmueve el que predominen los postulados del bien? ¿Te consuela ó tranquiliza que reine en todas partes la dicha ó la desgracia? ¿No te consuelan los discursos de los sabios cuando te abrasan y destruyen las llamas de la miseria?

Gozas de la educación de la Naturaleza dirigida á la creencia en Dios, cuando tu padre fortifica tu sér en lo más íntimo, tranquiliza tus días, acrecienta tu fuerza en el sufrimiento y te descubre á ti mismo en lo más íntimo la superioridad de los goces de la ventura.

El pan que mi hijo come de mi mano educa su sentimiento filial, y no su asombro ante mis vigiliias y mis cuidados por sus años posteriores. Muchos de los juicios que hace de mi con-

ducta son aturdimientos que seducen su corazón y que pueden alejarle de mí.

La sencillez y la inocencia, el puro sentimiento humano de agradecimiento y amor son la fuente de la creencia.

La esperanza en la vida eterna se apoya en el sentimiento filial de la humanidad; la creencia pura de la humanidad en Dios no tiene fuerza sin esta esperanza.

El golpe que el *tirano* asesta á sus hermanos, á los hijos de su Dios, conmueve en lo más íntimo á la humanidad.

Ante la serie de sus víctimas, sus viudas y sus sabios gimen, se estremecen, perecen de hambre, creen y mueren.

Si Dios es el padre de los hombres, el día de su muerte no es el día de la consumación de su sér.

¿Hay en ti, hombre, un sentido para la verdad? ¡Habla! ¿No lucha con el sentido de tu alma creer que Dios es el padre de los hombres y afirmar, sin embargo, que parece el sér de estas miserias?

O Dios no es el padre de los hombres, ó la muerte no es la consumación de nuestro sér.

Hombre, tu sentido interior es la norma más segura de la verdad y de tu deber; ¿y dudas cuando este sentido te anuncia tan fuertemente la inmortalidad?

Si crees en ti mismo, hombre, si crees en el sentido íntimo de tu sér, crearás en Dios y en la inmortalidad.

Si Dios es el padre de la humanidad, sus hijos son inmortales.

En lo más íntimo de tu naturaleza, hombre, se halla aquello que oye la verdad, la inocencia y la sencillez con creencia y adoración.

Pero no todos los hombres poseen la inocencia y la sencillez.

Para muchos, el sentido íntimo de la naturaleza humana es una ilusión del sueño; y la creencia en Dios y en la inmortalidad construída en este sentido, el objeto despreciado de su arte.

Dios, que muestra en mi sér con pureza y vigor la verdad, la sabiduría y la felicidad, la creencia y la inmortalidad; Dios, á quien oyen todos sus hijos; Dios, á quien comprende la humanidad toda, dulce, sensible, pura, amante; Dios, si no prestara atención á la doctrina que es y tiene que ser verdad para mí y para mi naturaleza en lo más íntimo de mi sér; si no creyera, ¿qué sería yo?, ¿qué haría yo?

La creencia en Dios es la separación de la humanidad en hijos de Dios y en hijos del mundo. La creencia en la bondad paternal de Dios es la creencia en la inmortalidad.

El objeto puro de la creencia es considerar

á Dios como padre de la humanidad y al hombre como hijo de la divinidad.

Esta creencia en Dios es el acuerdo de la humanidad en las relaciones con su ventura.

El sentido paternal y filial, dicha de tu casa, es el efecto de la creencia.

El goce de tu derecho, padre de familia, la sumisión encantadora de tu mujer y el agradecimiento interior, nacido del alma de tus hijos, son el resultado de tu creencia en Dios.

La creencia en mi padre, que es hijo de Dios, es la formación de mi creencia en Dios.

Mi creencia en Dios es la garantía de mi creencia en mi padre y en todos los deberes de mi casa.

Así unes en tu educación, Naturaleza sublime, mis deberes y mis placeres, y el hombre camina por tu mano de placeres satisfechos á nuevos deberes.

Toda la humanidad, el príncipe y el súbdito, el señor y el criado, se capacita mediante el goce de sus primeras relaciones naturales para los deberes particulares de su estado.

El príncipe, que es hijo de su Dios, es el hijo de su padre.

El príncipe, que es el hijo de su padre, es el padre de su pueblo.

El súbdito, que es el hijo de su Dios, es el hijo de su padre.

El súbdito, que es el hijo de su padre, es el hijo de su príncipe.

La condición del príncipe es la imagen de la divinidad, el padre de una nación. La condición del súbdito es la de un hijo del príncipe, con quien es hijo de Dios. ¡Cuán dulce y fuerte y delicado es este tejido de las relaciones naturales de la humanidad!

¡Oh humanidad en tu altura!

El sentimiento de tu dignidad es en vano para el pueblo caído.

Yo no puedo calificar tu extirpe, padre de familia, señor de tu casa, imagen del príncipe en tu choza. ¡Oh, género humano en tu profundidad! ¡Oh señor y padre de todo!

En todo lo profundo, el criado es substancialmente igual á su amo, quien le debe el poder satisfacer la necesidad de su naturaleza.

El señor es el padre del súbdito para elevar el pueblo al goce de las dichas de su sér.

Y todo pueblo ha de descansar, para gozar de su dicha doméstica, en una pura confianza filial hacia la paternidad de su señor, y ha de esperar cumplir su deber paternal con la educación y formación de sus hijos en aquel placer bendito de la humanidad.

Este aguardar y esta esperanza filial de la humanidad, ¿son una imagen y una alucinación del sueño?

Creencia en Dios, eres la fuerza de esta esperanza.

Los príncipes que creen en Dios y reconocen la fraternidad del género humano, encuentran en esta creencia el espíritu para cualquier deber de su condición. Con la fuerza divina son hombres formados para la felicidad de sus pueblos.

Los príncipes que desmienten la paternidad divina y la fraternidad humana, hallan en esta incredulidad el principio de la aniquilación más espantosa de la creencia en sus deberes. Son hombres que causan terror, y su fuerza siembra la desolación. Con el reconocimiento de la suprema paternidad divina, se aseguran los príncipes la obediencia del pueblo, en cuanto la consideraron como cosa divina.

Y el príncipe que no quiere buscar el origen de sus derechos y de sus deberes en la obediencia á Dios, erige su trono en la arena incierta de la creencia del pueblo en sus fuerzas.

La creencia en Dios es el lazo entre el príncipe y su pueblo, el lazo de unión interior de las relaciones fertilizadoras de la humanidad.

La incredulidad es la negación de los deberes y condición fraternales de la humanidad; el desconocimiento y menosprecio al derecho

paternal de Dios, la audacia provocadora con el abuso del poder recíproco; la disociación de todos los lazos puros de las relaciones benditas de la humanidad.

El sacerdote es el anunciador de la paternidad divina y de la fraternidad humana, y su posición es el centro de afluencia de las relaciones naturales de la humanidad para su ventura, mediante la creencia en Dios.

La creencia en Dios es el origen de todo el sentido paternal y fraternal de la humanidad, la fuente de toda justicia.

La justicia, sin el sentido paternal y fraternal, es un absurdo vano y estéril.

La justicia altanera, expresión de los añejos enredos que alimentan los peritos de leyes y los tribunales, es la máscara de una justicia, que no es la ventura del pueblo.

La firmeza, la inocencia y el valor—origen de una pura virtud del pueblo, efecto de una justicia sabia y paternal—, son resultado de la creencia.

La audacia, la osadía con la inocencia; el derecho y la verdad; la confirmación de la falta de una fuerza paternal pura y vigorosa de la justicia nacional, son consecuencia de la incredulidad.

La violencia y la usurpación atrevida y osada del derecho y de la inocencia en el

espíritu nacional, son el origen de toda debilitación nacional; de este modo, la incredulidad es el origen de esta postración.

Por el contrario, el sentido paternal y el sentido filial, respecto al espíritu nacional, son la fuente de toda pura prosperidad nacional.

Así, pues, la creencia del pueblo en la divinidad es el origen de toda virtud nacional pura y de toda prosperidad y fuerza popular.

El pecado es la causa y el efecto de la incredulidad. El pecado es la acción de los hombres contra el testimonio interior de nuestra naturaleza para lo justo y lo injusto. El pecado es causa de la alteración de nuestros primeros conceptos fundamentales y de nuestros puros sentimientos naturales. El pecado es la pérdida de la creencia en ti mismo, hombre, y en tu sentido interior; la pérdida de tu creencia en Dios; la pérdida de tu sentido filial hacia El.

El pecado público es el desafío de la humanidad á la divinidad.

La abominación del pecado es el sentimiento puro de la idea filial de la humanidad respecto á Dios, la expresión y el resultado de la creencia de la humanidad en la revelación de la divinidad en lo íntimo de su naturaleza.

La abominación del pecado público es el

sentimiento del hijo respecto al hombre que se burla de su padre y de su madre.

La execración nacional del pueblo contra los pecadores públicos es la garantía y el sello de la creencia nacional y del sentimiento filial de un pueblo respecto á su supremo señor.

La execración nacional del pueblo contra la provocación pública de sus príncipes á la divinidad es la prueba de la virtud nacional, y su agotamiento la extenuación de la fuerza de la creencia y de la obediencia del pueblo á su supremo señor.

La incredulidad es causa de la destrucción de todos los lazos internos de la sociedad.

La incredulidad de los superiores es el origen de la desobediencia de los inferiores.

El sentimiento y los dones paternos de los superiores siembran y aseguran la obediencia de los inferiores.

La incredulidad ciega la fuente de la obediencia.

Bajo el imperio de un señor—, que no es su padre—el espíritu de un pueblo no puede llegar á ser la sensación de un sentido popular puro, agradecido, dichoso en su obediencia filial.

Las consecuencias de la incredulidad—aumento de los vicios habituales, disminución del haber diario, un poder despótico sin nin-

guna limitación, una grotesca y antinatural caricatura de gobierno, un poder intermediario opresor, la absorción de la medula del pueblo, la fuerza popular disminuída por este poder intermediario—son inevitables bajo un gobierno sin fe, que desprecia los derechos de la divinidad y de la humanidad.

La sensación del pueblo ante el uso antinatural del derecho paternal es la descomposición de la fuerza de los lazos puros de la Naturaleza que existen entre el príncipe y su pueblo.

Esta buena y maternal naturaleza humana ata los lazos de las relaciones ciudadanas mediante la ventura de los goces recíprocos.

Y la sensación popular, el sentimiento nacional de dicha por estos goces, consagran y bendicen estas relaciones por medio del agradecimiento, el amor y la creencia en sus príncipes.

Yo hago sonar las cuerdas que se hallan distendidas, y cuyo sonido no está de moda. ¡Búrlate de ellos, sonido bailarín, calumnia gorjeadora; ahoga á gritos su fuerza! La verdad y el puro sentido humano procuran la tranquilidad.

Toda la fuerza de la humanidad es únicamente fértil por su creencia en la divinidad; el sentido paternal del príncipe—origen único de

toda la ventura de un pueblo—es también una consecuencia de la creencia en Dios.

Hombre, por bajo que estés, si tu príncipe es hijo de tu Dios, su poder es un poder paternal.

El ejercicio riguroso, impertinente, de sus derechos, no es el sentido paternal; no es el sentido de la creencia en Dios: es la corrupción de los quehaceres supremos del príncipe y de su país; la corrupción del puro sentido filial de la nación con el príncipe.

Así, pues, no puedo llamar traición á esta costumbre tan general de las gentes ilustradas del príncipe.

¿Pero en qué es ello menor á cuando el derecho paternal del príncipe se muestra como un derecho para el bien y para el mal, para lo justo y para lo injusto?

¿En que es menor á cuando alteran la dicha doméstica en nombre del príncipe, no guardan la propiedad y cubren la inocencia de injurias y oprobios?

Lazo de unión de la humanidad en su ventura; creencia del príncipe y de su pueblo en el señor supremo de la humanidad; creencia en Dios, únicamente tú preservas á la humanidad de aquellos escollos.

Toda incredulidad es indiscreta; la creencia en Dios, el sentido filial de la humanidad res-

pecto á la divinidad es la elevación serena en toda la fuerza de su acción.

La extenuación relumbradora, radiante de su sér; el valor arriesgado, audaz en el peligro y en la ruina, son las fuerzas de la humanidad que desvían de Dios el sentido filial.

El ejercicio serio, ordenado, de todas las disposiciones pequeñas; la aspiración al fortalecimiento de su fuerza, es el camino de la Naturaleza en la formación y fortificación de todas las energías, y es la dirección del puro sentido filial de la humanidad respecto á Dios en todo lo profundo y en toda debilidad.

El gusto por el falso brillo, el impulso, la disposición y las fuerzas para disfrazar y ocultar su debilidad, es la dirección de la humanidad más baja y más débil, que se ha apartado de este camino educador de la Naturaleza.

La elevación exterior é interior humana, formada en este camino puro de la Naturaleza, es la condición y sentidos paternos contra las fuerzas y disposiciones inferiores.

Hombre, en tu excelsitud, dirige el ejercicio de tus fuerzas hacia este fin.

Sentido paternal, dirige las fuerzas superiores hacia la muchedumbre débil é inculta de la humanidad.

¡Oh príncipe en tu excelsitud! ¡Oh Goethe en tu fuerza!

¿No es deber tuyo, oh Goethe, seguir completamente el camino de la Naturaleza?

Los cuidados con la debilidad, el sentido, el fin y el sacrificio paternos en el ejercicio de su fuerza: esta es la pura excelsitud de la humanidad.

¡Oh Goethe en tu magnitud! Cuando desde mi profundidad miro hacia arriba, tiemblo, callo y suspiro.

Tu fuerza es igual al impulso de los mayores príncipes, que sacrifican al brillo de su imperio millares de dichas de su pueblo.

Gracia pura de la humanidad, eres la fuerza y el resultado de la creencia.

Sálvame á mí y á mi cabaña. Porque la humanidad cree en Dios descanso en esta cabaña.

La creencia del pueblo en el sacerdote de la divinidad es el sosiego de mi vida.

Sacerdote de la divinidad, eres el puro estado paternal de la humanidad.

Tu fuerza es el conocimiento divino.

El conocimiento divino es amor, sabiduría y sentido paternal.

¡Oh si pudiera poner bajo la protección de mi divinidad á quien se dirigiera á mi choza!

¡Oh sol, imagen de su fuerza, ha terminado tu día! ¡Te vas tras mis montañas! ¡Oh día de mi consunción! ¡Oh esperanza en el mañana venidero! ¡Oh fuerza de mi creencia!

DE „EL LIBRO DE LAS MADRES”

J. E. PESTALOZZI

DE «EL LIBRO DE LAS MADRES»

El niño no puede hablar espontáneamente sin el auxilio del arte, como le ocurre con el ver.

Sin dicho auxilio, sólo posee una simple facultad de emitir sonidos. El arte la eleva á facultad de lenguaje, y más tarde se sirve de esta fuerza ilustrada para facilitarle la aclaración de todas las representaciones que son dadas al hombre por sus sentidos.

La madre se ve obligada, con frecuencia, por su instinto á balbucear sonidos al niño; se deja llevar con una alegría interior por esta tendencia natural; le causa placer distraer y divertir al niño de este modo, y la Naturaleza auxilia sus esfuerzos en tal sentido. El niño no oye únicamente los sonidos de la madre; oye también la voz del padre, del hermano, del criado y de la criada; oye sonar la campana, golpear en la madera, ladrar al perro, piar al pájaro, mugir á la vaca, balar á la oveja, cantar al gallo.

Pronto deja de ser su oído una simple y vacía conciencia de los sonidos que á él llegan, y apercibe sus diferencias; comienza entonces

á sospechar y observar la relación de los sonidos con los objetos á los cuales se refieren; mira la campanilla de la casa cuando suena; dirige sus ojos á la vaca cuando muge; á la puerta, cuando alguien golpea en ella; al perro, cuando ladra; etc.; y así como empieza á notar la relación que hay entre los sonidos que llegan á su oído y los objetos de los cuales provienen, del mismo modo empieza también á descubrir la relación que existe entre los objetos que están habitualmente ante sus ojos y los sonidos que la madre produce cuando los nombra; comienza, en fin, á descubrir la relación de los nombres con las cosas conocidas. Así, antes de que tenga intención de hacerlo, llega á balbucear algunos de los sonidos que oye; ahora comienza también á sentir en sí mismo esta fuerza. Salen involuntariamente de su boca sonidos desiguales; los oye, siente su fuerza; quiere balbucear, lo consigue, le causa alegría, balbucea de nuevo y ríe. La madre lo oye, contempla sus risas; su corazón se eleva; se duplica la tendencia de su instinto á balbucear sonidos ante él, y le ejercita más contenta y satisfecha que antes lo hacía.

Pero mientras esta tendencia alcanza el grado supremo de su encanto, comienza ya la Naturaleza á socavar poco á poco los fundamen-

tos instintivos en que sólo hasta ahora descansaba. Paulatinamente va desapareciendo la necesidad de distraer y divertir al niño con el balbuceo. Este modo de obrar rutinario llega á no satisfacer al niño que ya sabe distraerse por sí mismo; le basta para ello la Naturaleza que á su alrededor vive y se agita; pero ahora necesita y quiere aún más para divertirse: desea que se le informe de todo lo que ve, oye y siente; *necesita* ahora aprender á hablar, y la madre debe ahora enseñarle.

Mas como la especie humana se dirige en general desde todo modo de obrar instintivo á todo modo de obrar racional por la necesidad, las preocupaciones y las circunstancias, estas mismas causas ejercen asimismo su influencia en la educación de la humanidad en este tránsito del modo instintivo de obrar de la madre al modo de obrar racional. A ésta empieza á faltarle tiempo para su balbuceo irreflexivo; además de su pequeñuelo, tiene muchísimas cosas de qué ocuparse; se ve obligada, por consiguiente, á cuidar á su hijo con regularidad; es decir, á determinadas horas y en ciertos momentos; fuera de esto, sus quehaceres la llaman á otras partes; debe, pues — porque no puede ser de otro modo —, dedicar aquellas horas y momentos á enseñarle á hablar en las horas, en los momentos que la Naturaleza se-

ñala para las necesidades del niño y para satisfacerlas. En los momentos en que le lava y asea, nombra — y así debe hacerlo — todas las partes de su cuerpo, que le moja y enjuga; al prestarle estos cuidados es cuando precisamente le dice: dame tu manita; dame tu piececito; y cuando le da de comer nombra la papilla, el puchero y la cuchara; los cuidados más íntimos y el cariño en esta asistencia le hacen enfriar en la cuchara la papilla demasiado caliente y decir, mientras la lleva despacio á la boca del niño: *tienes que esperar, está caliente.*

El arte de enseñar á hablar á los niños es muy limitado en la mayor parte del pueblo, en lo más esencial de lo que se exige al efecto. Muchas mujeres que hablan de cuanto hay en el cielo y en la tierra no están en situación de nombrar al niño las tres ó cuatro partes de que se componen los ojos, la nariz y la boca. Charlan, durante muchas horas del día, de las cosas más extrañas, pero no saben una sola palabra de la educación del niño, que es lo importante, aunque lo tengan delante de las narices. Es una triste verdad, pero es preciso reconocer que la masa del pueblo no tiene los conocimientos del idioma que son necesarios para enseñar á hablar á un niño; y es también una

triste realidad que las madres campesinas, y las más locuaces menos, saben enseñar á hablar á sus hijos. Así, los males son incalculables; pero, ¡Dios mío!, los medios para subsanarlos son tan fáciles cuanto mayores son los daños.

Ya se ha realizado enteramente y se ha producido lo que el arte mismo debía realizar y producir para satisfacer estas necesidades de la educación humana y para poner á las madres en situación de enseñar á hablar á sus hijos: el idioma que existe y está formado para ello en todos los pueblos. Lo que falta es una guía para las madres que las ponga en situación de avanzar sin saltos desde el momento en que la necesidad, las preocupaciones y las circunstancias las han educado para este fin — el enseñar á hablar á sus hijos —; falta una guía para que reconozcan en toda su extensión y utilicen en toda su fuerza este punto, como el punto inicial para enseñar á hablar á sus hijos.

¡Madres! El libro que pongo en vuestras manos no tiene fin menos alto; su objeto es ponerlos en situación de realizar una educación racional, á la que, hasta aquí, no habéis prestado una atención y asistencia conforme á la naturaleza humana y á vuestra condición. Debe ponerlos en situación de enseñar á hablar

á vuestros hijos de un modo preciso sobre el cuerpo humano, sus partes, sus ocupaciones y funciones; debe ampliar con el ejercicio del discurso todos los objetos que permanecen en el círculo sensible del niño y que deben despertar su atención.

¡Madre! En la dirección de las fuerzas del niño en el lenguaje, no tienes que hacer con este libro más que lo que ya has hecho con las imágenes que has traído á su conciencia por la vista. Cuando comprendas lo esencial que es para la formación de sus conocimientos grabar profundamente la imagen de los objetos más importantes que están habitualmente ante sus ojos, comprenderás, del mismo modo, lo esencial que es enseñar al niño á expresarse determinadamente sobre estos objetos; y cuando te des cuenta de lo importante que es para la educación del niño que lleves en tus brazos los objetos que deban despertar su atención de un modo preferente, y se los hagas contemplar de un modo perfecto, verás con facilidad qué es lo que debes enseñarle para que se pueda expresar determinadamente sobre ellos. Haz esto; enséñale á decir concretamente, por medio de este libro, el nombre, propiedades, formas, partes, etc., de cualquier objeto que le muestres en la casa, en el campo y en el jardín, y continúa después despertando

su atención sobre la proximidad y la lejanía, el número y la magnitud de las cosas; proporciónale también nombres para estas circunstancias y referencias, y aprovecha para este fin último la teoría de la intención de las relaciones de número y medida, cuyos ejercicios iniciales son tan fáciles para ti como el contar por los dedos.

Mediante este conjunto de reglas, podrás educar á tu hijo con seguridad para que pueda expresarse con la mayor exactitud en todos los objetos sensibles.

Pero el círculo de objetos del cual el niño oye y tiene que aprender á hablar es mucho más extenso. Tu hijo ama, agradece, confía; quiere y necesita poder decir que ama, agradece y confía. La educación de mi especie para poder hablar de los sentimientos de amor, agradecimiento y confianza, se relaciona con la educación elemental de estos sentimientos mismos, de igual manera que la educación de mi especie, para poder hablar de los objetos sensibles, se relaciona con una educación elemental de la intuición de los objetos sensibles. Esta educación elemental, ó más bien este primer desarrollo de los sentimientos morales, nace del amor, del agradecimiento y de la confianza, cuyos primeros gérmenes se desenvuelven en el regazo materno; y así

como la Naturaleza coloca el punto inicial de donde parte para que el niño empiece á hablar de los objetos sensibles, en los cuidados maternos, del mismo modo hace también depender de los cuidados prestados al niño en el regazo materno el que empiece á hablar de los objetos morales.

Es esencial que la serie de los medios empleados para desarrollar estos sentimientos partan, en toda su extensión, de este punto inicial y se aten firmemente á él en su proceso total. Toda verdad y seguridad interior de la fuerza moral y todo fundamento de los conceptos exactos de estos sentimientos, que descansan en la intuición interior, están en la más íntima relación, desde su germen hasta su término, con los primeros cuidados maternos.

No olvides, por tanto, madre, que el punto inicial del enseñar á hablar á tu hijo sobre objetos morales está encadenado por la Naturaleza á los mismos cuidados y á los sentimientos que vivifican, tanto y más como el punto inicial del enseñar á hablar á tus hijos sobre objetos sensibles, lo está á estos cuidados y á los sentimientos que animan; y así, cuando quieras enseñar á hablar á tus hijos sobre objetos morales, sigue también la marcha de la sabia Naturaleza. Así como no le haces pronunciar, ni le debes hacer pronun-

ciar nunca los nombres cabeza, ojos, oreja, mano, etc., antes que la imagen de éstos esté impresa firmemente en su espíritu por múltiples intuiciones, del mismo modo no le hagas pronunciar las palabras amor, confianza y agradecimiento hasta que se hayan producido indeblemente estos sentimientos mismos en su espíritu mediante múltiples intuiciones interiores. Que no pronuncie la palabra amor sin el vivo sentimiento del amor; que no pronuncie la palabra agradecimiento sin sentir vivamente el agradecimiento; que no pronuncie la palabra confianza sin la amplia conciencia de una confianza verdadera.

Sé lo que exijo, pero Dios y la Naturaleza exigen lo que yo exijo; el mundo y tú misma te agobian con lo que no exigen de ti ni Dios ni la Naturaleza; por eso únicamente es difícil lo que Dios y la Naturaleza exigen de ti. El mundo y tú te apartan completamente de los sentimientos superiores del gran encadenamiento natural de nuestras fuerzas y de su desarrollo á los primeros cuidados prestados á tu hijo en tu regazo; y sin el sentimiento elevado y ferviente de este gran encadenamiento, llegas á ser arrastrada en cada momento á pronunciar la palabra amor y á hacerla pronunciar á tu hijo sin el vivo sentimiento del amor. ¡Pobre madre! ¡Lo que el

mundo hace contigo es lo que tú misma haces! ¡Sal de tu error! ¡Apártate de las asechanzas de este mundo loco; elévate á sostener en todo momento el gran secreto de tu fuerza suprema, sin el que no eres madre, sin el que no tienes valor para ser madre; asegúrate; desatiende todas las cosas de la tierra cuando seas madre, y asegúrate la madurez interior, etcétera — la madurez interior de los sentimientos de amor, de agradecimiento y de confianza de tu hijo, mediante la verdad interior de estos sentimientos en ti misma, y mediante una pureza y santidad en los cuidados prestados á tu hijo, asequibles únicamente mediante esta verdad interior de estos sentimientos en ti misma!

¡Madre, madre! la pureza en los cuidados prestados á tu hijo, dirigida y aplicada á la verdad de estos sentimientos, es la que te arranca del mundo como madre y te entrega á ti misma y á tu hijo. ¡Madre!, únicamente esta pureza te eleva, como madre de tu hijo, de una verdad á la otra, de una á otra fuerza.

¡Madre, madre! esta pureza te conduce á la fuente de tu verdad, al origen de tu fuerza; te lleva á tu Dios y á tu Creador; te lleva á tu Padre Eterno, al Padre Eterno de tu hijo; te muestra á Dios en el brazo de tu hijo; en los abrazos que le das y en los cuidados que le

prestas aprende á conocer á tu Dios del mismo modo que tú le conoces. Hay una tendencia á creer en la naturaleza humana, que encierra en lo más íntimo de ella los verdaderos gérmenes del amor, del agradecimiento y de la confianza, del mismo modo que la flor de la primavera está contenida en su simiente. ¡Madre!, tu hijo cree á gusto en un sér de quien eres amada y que te cuida á ti misma, cómo tú le cuidas á él; apenas pronuncias el nombre de tu Dios, y ya se sonríe al oírlo; pero no pronuncies nunca, ni se lo hagas pronunciar, sin estar íntimamente relacionado con los sentimientos de amor, de agradecimiento y de confianza; y no olvides nunca que la primera impresión que produzca el nombre de tu Dios depende de la verdad, de la pureza y de la santidad, y de la pureza de los cuidados prestados á tu hijo. Así como estos cuidados son amor, así sentirá amor en la obscuridad de su existencia sensible al pronunciar por primera vez el nombre de tu Dios; y si en estos cuidados falta este puro y elevado sentimiento, tampoco sentirá ni pensará nada en esta obscuridad de su existencia, meramente sensible, al oír el nombre de tu Dios; será para él un sonido vacío. ¡Ah! Si tú no le amas, si no ve, oye, experimenta y siente, en esta obscuridad de su existencia sensible, el encadenamiento de tu amor

en tus cuidados, el nombre de tu Dios tiene que serle un sonido vacío. ¡Madre, madre! si no te ve y te siente afable en estos momentos, menos verá y sentirá lo afable que el Señor es; y, verdaderamente, si ahora no lo siente y no lo ve, más difícilmente lo sentirá y lo verá después.

Por tanto, madre, la consecución del fin de enseñar á hablar sobre objetos morales está unida á la intuición interior y á los cuidados prestados á tu hijo, del mismo modo que la consecución del fin de enseñar á hablar sobre los objetos sensibles está unida á la intuición exterior y á estos mismos cuidados, íntimamente enlazados con ella.

DE „GUILLERMO MEISTER”

J. W. GOETHE